

Juan Zorraquín

ALBERT CAMUS: UNA BISAGRA ENTRE LA INMANENCIA Y LA TRASCENDENCIA

I) El Contexto filosófico de Camus

Albert Camus fue un hombre con atributos. Estos eran variados. Inteligencia para las ideas y apetito de verdad con severo rigor intelectual para ser un filósofo, una gran y profunda sensibilidad para comprender los laberintos y contradicciones de la condición humana le consintió ser un dramaturgo, el hondo sentido de su época, cabal conciencia histórica que lo llevó tanto a ejercer un periodismo influyente y combativo como a ser un novelista central en la narrativa del siglo veinte, su interés por el hombre, la libertad y la dignidad lo obligan también a la acción política.

Pero sobretodo posee una gigantesca vitalidad, una avasallante sed de vida.

Es cierto que Francia produce este tipo de hombres que de algún modo heredan a Víctor Hugo pero en Camus lo que más destacó fue precisamente eso, no ser su heredero, estar en desacuerdo con el intelectual comprometido y consagrado.

Ser políticamente incorrecto no fue su temor.

También identificado por muchos como el hombre que pregunta de manera radical sobre el suicidio, pregunta que implica extender la ontología humana a un sentido o proyección de la misma, pregunta que supone que la vida humana no se basta a sí misma, como se bastan las vidas simplemente instintivas, una vida que no se sostiene sin interrogarse, sin justificarse.

Esta pregunta hecha como él la formuló es la consecuencia existencial más acabada hecha o lanzada contra una época que comenzó con el esplendor absoluto del racionalismo iluminista y la consagración del idealismo alemán, para muchos otros que siguen a Nietzsche es mucho más: el olor del final de una civilización y de un optimismo que hunde su raíz en el mismo platonismo que la generó y que necesitó escindir la realidad entre apariencia y verdad.

.

Camus encuentra en sus reflexiones al absurdo de la vida humana, al hombre absurdo soportando y construido por un radical sufrimiento de ser y no ser eterno, y le exige que más allá de este descubrimiento insista con la esperanza que la propia vida sea su trascendencia. Hasta allí podría ser Sartre. Al menos lidian con problemas parecidos desde trincheras próximas o aliadas. Pero no lo es, porque Camus es un hombre a diferencia de Sartre en donde las preguntas son más insistentes, más sonoras, más grandes que las respuestas. Pero la oposición más radical entre ellos es quizás la frase más paradigmática de la visión sartreana. “El hombre es una pasión inútil”, este aforismo marca la gigantesca diferencia entre ambos. Camus, para quien no es inútil la pasión humana escribe *El hombre rebelde*. Es un hombre sin dogmas que busca mucho más que lo que encuentra. Sartre, el hombre del compromiso, el violento acusador de la impostura y quien sube hasta alturas casi metafísicas a la mala fe, es también el intelectual moderno hijo al fin de cuentas del iluminismo y la militancia, su liturgia es la marcha revolucionaria, los altares laicos de las mesas académicas y los patíbulos ocultos y negados. Es decir un hombre frente a las miradas del otro, alguien poseído por la vanidad, por lo banal como el siglo, aunque lo banal sea un campo de concentración. Alguien capaz de cerrar los ojos al drama que la historia plantea y se refugia en algún sistema o un hombre que piensa en ciertos nichos del mercado, un útil, alguien que puede defender la cárcel y al Gulag si le sirven sacrificar al hombre a la Historia colectiva.

La historia ya ha hablado en la pasional e intensa polémica sostenida entre ambos.

La pregunta por el suicidio

Camus es también un hombre de la inmanencia y viene del nihilismo ateo, pero en sus textos explota su deseo de lo trascendental, incluso su pacifismo es de este origen y su amor a la vida construye una moral. La esperanza de soportar la propia conciencia, la lucidez, fundar desde lo humano un sentido y es por eso que su pensamiento es polémico, oscuro, actual y en perpetuo cambio según las lecturas que hagamos de él. Un hombre en definitiva que quiere hacer de la vida humana, de su existencia, un trascendental.

¿Qué afirmamos al afirmar esto? Afirmamos primero que es un hombre no un simulacro de hombre poseído por una idea o un sistema racional, y decimos también que es un hombre que no se resigna a lo irracional y tampoco parte de ningún supuesto.

El hombre absurdo de Camus es el desesperado de Kierkegaard, aquel que sabe que el hombre es una síntesis de lo finito y lo infinito y el yo una relación, como tercero negativo de ambos términos.

“Si el hombre que desespera es, como él lo cree consciente de su desesperación, si no habla de ella como de un hecho exterior..., si ese desesperado quiere con todas sus fuerzas, por si mismo, y solo por si mismo, suprimir la desesperación, dice que no sale de ella, que todo su esfuerzo es ilusorio y le hunde más solamente en ella”. (K Tratado de la desesperación). Camus, quien niega los términos de esa ecuación y se hunde en el campo de lo finito nos dice que la vida, en su singular pasión de lucidez y coraje soporta esa desesperación.

En su dramaturgia existe una obra llamada Los Justos, su tema es precisamente el asesinato racional y su posterior suicidio, sea por la bomba o por cadalso. Un grupo de amigos socialistas esperan el momento que pase el duque Sergio por el departamento donde habitan para asesinarlo con una bomba. Arrojar la bomba es un honor y morir después con ella o en el presidio. El hombre enfrentado al patíbulo es un tema recurrente en Camus, allí se estira la realidad del hombre hasta encontrar el sentido para soportar el absurdo. Kaliyev debe matar al duque y es quien tiene el sagrado privilegio de arrojar la bomba, Stepan, recién salido de la cárcel donde ha sido torturado, reclama ese derecho que se lo niegan. Kaliyev, a los ojos de Stepan es débil, el primer intento falló por su causa porque en el carruaje del duque iban dos niños y no pudo arrojarla, lo intentará otra vez, Stepan sospecha que tiene un alma religiosa porque lo ha visto persignarse y también sabe que ama a Dora, duda de él.

-Stepan-Tienes razón. Hay demasiado que hacer; es necesario destruir este mundo...Después

-Dora- Después...

-Nos amaremos.

-Si estamos aquí.

-Otros se amarán. Da lo mismo.

-Dora-Stepan... Di “el odio”

-Cómo?

-Estas dos palabras, “el odio”, pronúncialas.

-El odio.

-Está bien. Yanek las pronunciaba muy mal.

De esta manera queda en cuestión todo idealismo, sea por la justicia, sea por el futuro. Un idealismo que aparta al hombre de su humanidad, que puede incluso asesinar niños. El odio es el motor que da fuerzas a todo el siglo veinte, y el sentimiento básico del nihilismo en expansión, el mar al que llegó la inmanencia y aunque Camus lucha por reestablecerla como realidad dominante su propio existencialismo, comienza a minar a través de la lucidez y el patíbulo el fin del sueño del ideal racionalista que no es razón y del irracionalismo que es solo esperanza. La razón es heroica, es lúcida y soporta la encrucijada del infinito y lo finito en ese ser que se llama hombre. Esa sensibilidad dispersa en el mundo que no constituye ideología sino existencia, esa conciencia de Sísifo que es el personaje que detesta la muerte y se voltea para recomenzar a cargar sin esperanzas su roca cada día. Lo cotidiano se justifica y el heroísmo absurdo y simultáneamente lúcido lo aprueba, no se necesita morir es necesario vivir. El lento ascenso hacia lo que será trascendencia se esboza, un nuevo sol comienza.

.Descartes descubrió la duda radical para abrir el encierro fatigoso de una escolástica perfecta, pero era una duda que ha hecho temblar todo el edificio humano occidental. El pienso luego existo tiene sus limitaciones ante el vivir cotidiano porque la vida es una fuerza oscura que desborde sin impedir la razón lúcida, la emoción tiene derecho a intervenir en el debate.

Camus hace lo propio, las dudas cartesianas dejan de importar, porque el absurdo existencial del que parte abre las preguntas metafísicas con la propia existencia no con la razón aislada, con los problemas de la existencia del hombre real, con la afirmación desesperada de los sobrevivientes del mundo nihilizado.

Las dudas de su tiempo, el tiempo del odio, recrearon nuevos sistemas, no contestaron a las preguntas del por qué.

Más interesado está Camus en el cómo.

Hablan las dudas para resolverse en la afirmación de la voluntad de poder del hombre, y hablan nuevamente de dios, un dios ahora más poderoso y terrible, reproducido y diseminado en cualquiera hombre que pueda matar en nombre de la Nada o del Todo que resultan indiferenciados.

Es contra la carnicería que habla Camus.

.

Y es Camus el hombre que abre los surcos para pensar desde otro lugar el problema de la muerte, por eso es atacado en el final de su vida, por su libertad de pensar sin corporaciones, sin escuelas ni necesitar adeptos. Pensar en contra de la propia historia

no es traicionar si no ser el mas feroz de los fieles a la única causa convocada, la de saber como y porque resistimos cuando deberíamos morir. Pero Camus piensa con un arma entre las manos, su extraordinario instinto por la belleza, su excepcional talento con el lenguaje, y es tan singular en la creación de belleza por este medio que allí se inicia el gozo de vivir que es también crear.

Camus es el hombre de la libertad absurda. No de la revolución.

Camus entiende que el sujeto del pensar empieza a ser el individuo y que la batalla se plantea en lo que el individuo sea en tanto unidad irreductible a todo sistema.

Los otros pensadores o filósofos piensan más en la humanidad o en el yo, quizás en el mundo reducido a algo por comprender, un concepto, una idea, una teoría, una enseñanza o una revelación. Un yo tan influído por el poder del otro que está condenado a la inautenticidad para adaptarse. En esa humanidad o en esos yo hay escenarios y espectadores, si no hay eso hay alumnos. Hay coreutas en definitiva.

Me interesa detenerme en este hombre, dueño de un don, el del verbo sin duda, el del genio tal vez, un hombre que es capaz de hablar no solo con su arte si no con toda su vida.

Los talibanes de hoy nos recuerdan la gran vigencia en la condición humana de esas tentaciones. Nuestros suicidas setentistas... las torres gemelas.... Afganistán... Irak, las plazas chinas... las huelgas de hambres cubanas siguen sin repuesta pero están diciendo algo que nuestra vida virtual se niega a plantear. Así como el ingenuo y feliz siglo diecinueve reprimía el sexo y lo negaba, nuestro recién estrenado siglo veintiuno reprime esa gran pregunta hecha por Camus por el suicidio. Aceptamos esa negación al precio de suprimir la lucidez y morimos no suicidándonos sino en la larga aceptación de pasatiempos. Si nos distrae la inteligencia lo hacemos pensando en fragmentos, si el temperamento es adulado por cuerpo el pasatiempo es sexual y se vive en los sensuales envoltorios de un cuerpo que lo dice todo en el primer encuentro para luego enmudecer y repetir, o si la mente o la vida no soportan el vacío o angustia no cesa o la fuerza no alcanzan el exilio es el pasatiempo de las drogas que ayudan a soportar la libertad sin destino, si no soy rebelde y debo obedecer responde la adicción al dinero y el trabajo.

Cualquier cosa conduce a lo mismo. Estamos impedidos de hacer experiencia como comenta Agamben o de vivir una vida lúcida y heroica a lo que invita Camus. Hoy el suicidio actúa sin justificarse, se producen actings, actuaciones, la nueva inteligencia digital conecta datos no es lúcida solo informada. Los asesinos seriales, los fabricantes de matanzas colectivas, en colegios, en calles, en plazas, en cuarteles, en guarderías infantiles, en teatros, en los jóvenes japoneses que se juntan por Internet para matarse acompañados, los asesinos de niños en China, nuestros jóvenes suicidas salteños siguen reclamando lo que Camus ya nos dijo.

No decir si a la vida por represión o miedo a la muerte, no decir si a la muerte por estar desbordados por la vida. Nadie ha podido sostener esto sin esperanzas, Camus lo ha hecho, pero también ha muerto con un testamento que debemos aceptar y comentar.

Primero El extranjero, después El Primer Hombre

Camus ha conocido la gloria literaria tres años antes de morir, la gloria se llama premio Nobel. Ha conocido también su necesario correlato, la envidia de sus pares. Este sentimiento ajeno que se proyecta sobre él lo hace sufrir cree que es tan solo envidia. Ha visitado Grecia un corto tiempo atrás. Se maravilló con el mundo antiguo, sintió una gran sed de belleza, un nuevo impulso lo incitó al declarar que su obra recién estaba por comenzar. Lo acusan de traición, de cambio de bando. Son críticas políticas que el poder idea para combatir a un hombre que está anclado en el devenir de su propia existencia como ser de todo. Su mujer, Francine, está deprimida y él recorre los viejos sentimientos que anidan en él. Tiene dos hijos. Varias amantes.

En el claroscuro apasionado y extremo de esta sensibilidad zozobrante muere en un accidente automovilístico, conducido el auto por su amigo Michel Gallimard, en el asiento del acompañante va Camus, porque Jannine Gallimard se lo ha cedido, Anne también estaba en el asiento trasero. Albert muere en el acto, Michel una semana después, el camino era recto, estaban felices, chocaron contra un plátano. Era un viaje de vacaciones de diez días.

El accidente es algo que no se puede prever o que previsto no se puede evitar. Camus muere joven en un accidente en el aparente cenit de su vida, treinta años después nos enteramos que con él iba un manuscrito, una novela necesitada de corrección pero concluída casi por entero. Un manuscrito y sus notas.

Un escritor cuya pregunta radical es por el suicidio, muere de esa forma con un manuscrito.

Si lo inventamos nos parece excesivo, nos parece demasiado literario.

El extranjero y El último hombre

Es entonces su primera novela *El extranjero* y su novela póstuma *El primer hombre* quienes forman el alfa y el omega de este artista y filósofo y en cuyo interior se incubaba el mensaje que nos deja. Su comienzo y su final. Su experiencia de la vida.

En *el extranjero* la luz del sol es lo predominante, la atmósfera marina en donde está el nudo del drama, la que ciega en exceso todo acto, es una luz ambigua que ciega para ver, apabullante, extrema, es esa luz que enfoca y define lo absurdo de buscar sentido a una vida que es sin porqué.

. El extraordinario resplandor del sol lo empuja y somete, lo hace sudar y lo derrite en sal y lágrimas, lo empuja con la fuerza de una luz metafísica a romper el equilibrio del día con cuatro balas sobre un cuerpo inerte como respuesta al resplandor del sol sobre una daga que porta el árabe enemigo, cuatro golpes breves que llaman a la puerta de la desgracia. Morir y matar sin porque. Luego la cárcel, el juicio, el sacerdote y el patíbulo. La luz y el sol conducen el drama.

El primer hombre comienza con la búsqueda de su padre en un cementerio de un pueblo del interior francés. Lo hace al azar, el lugar del muerto es del maestro vivo, su iniciador amado, aquel que le ha abierto las puertas a todas las cosas que Camus ama. Advierte frente a la tumba que el padre a muerto a los 29 años y el tiene más de cuarenta, esta paradoja lo abrumba y lo hace entender el amor paterno.

Después de esta experiencia fundacional tiene un diálogo lúcido y agradecido con Malan, el maestro a quien fue a visitar donde reconoce su paternidad espiritual y el amor que hasta ahora continua en su corazón. Sin iniciador no hay hombre, le dice al maestro..

En el primer hombre Camus, que ha huido siempre de toda biografía y que sólo se define con sus obras, un artista celoso de su intimidad habla de Cormery, su personaje, con tal avalancha de datos que es difícil imaginar una pura relación imaginaria.

Si el extranjero es aquel que asiste indiferente a la muerte materna, un exilado de todo amor y patria, en el primer hombre, no parece casual, se busca al padre por pedido de la madre, ecos evangélicos del primer milagro cristiano. Esta intercesión fue quien lo condujo a la tumba paterna.

La madre, el padre muerto, el maestro, giran la perspectiva de Camus del hombre absurdo al hombre incompleto, al que se hace a si mismo en la fe y el coraje, el orgullo y la voluntad pero que tiene una madre heroica, con todo el heroísmo de las personas que solamente aman como justificativo de su existencia y es en este amor sacrificado del padre muerto por una patria que desconoce y de una madre que solo lucha y soporta para obtener el calor de una dulce mirada es a lo que rinde homenaje en su testamento literario que surge contra toda imposibilidad desde si mismo, de su talento, de su don pero de un amor como pocos de una madre resignada y sumisa pero heroica en su sacrificio y de un maestro sensible que lo supo ver. Sin estos amores humildes pero poderosísimos no habría existido su ardiente fe en la vida. El es finalmente el primer hombre, pero que lleva sobre sí todo el peso de un amor gigante que trasciendo toda inmanencia.

La muerte y el suicidio no son amados por él porque se alimenta de una fuerza oscura que subyace dentro de su piel y que no es nombrada sino descripta, una fuerza que es una sed insaciable de vivir y amar desesperadamente, que lo empuja a resistir con coraje todo desafío y a no ceder en nada a las insolentes provocaciones de la vida, una fuerza oscura que es más fuerte que la muerte y con las que nos despide a nosotros sus lectores al final de su novela- testamento y sin saberlo ni quererlo también de este mundo.

...él, como el filo de una navaja solitaria y siempre vibrante, destinada a quebrarse de un golpe y para siempre, la pura pasión de vivir enfrentada con la muerte total, él sentía hoy que la vida, la juventud, los seres se le escapaban, sin poder salvar nada de ellos, abandonado a la única esperanza ciega de que esa fuerza oscura que durante tantos años lo había alzado por encima de los días, alimentado sin medida, igual que las circunstancias más duras, le diese también, y con la misma generosidad infatigable con que le diera sus razones para vivir, razones para envejecer y morir sin rebeldía.

La palabra esperanza hasta ahora condenada es por primera vez nombrada al abrigo de esa fuerza oscura y subterránea que no se nutre de la claridad del día, que no está amenazada por el calor asfixiante y el implacable rayo de un sol cegador como en su primera novela, una luz implacable y aterradora que todo lo ciega y que nada dice en la aridez del día, una playa, un mar y un sol que inducen al crimen.

Ahora no vemos ya esa luz hostil sino en su interior vemos habitando una fuerza oscura a la que se apela en una extraña oración privada y a la que se le pide fuerzas para enfrentar los dos abismos gigantes en donde discurre el drama humano, el nacimiento y la muerte y en el medio el sentido y todos los materiales del que están hechos los dioses. Hay en su escrito una serie de notas, apuntes para la confección de su novela, entre muchos brillantes y otros lúcidos. Rescato uno, que es misterioso y representativo de la bisagra que es para nosotros Albert Camus, entre una afirmación racional que con pasión afirma este mundo como el absoluto real y un entre líneas constante en la inabarcable geometría de su prosa que recorre y hace resonar múltiples notas en un concierto hecho con una música cuyo pentagrama carece de claves, porque son la vida misma.

Dice simplemente su anotación: *Su madre es Cristo.*

Conclusión

Holderlin ha dicho en un poema suyo “Solo ignora lo divino aquel que no está hecho del material de los dioses”

Frase bellísima que debe extenderse en definir cual es ese material.

No lo responde el poeta, pero pensamos en belleza, amor, heroísmo, universalidad, sensibilidad, espíritu y gracia.

Cuando se piensa en Dios se piensa en el alma del mundo, se piensa en algo que no reconoce fronteras y que une al hombre con el todo. En espíritu y en última instancia en el amor.

Hay dos fuerzas amor y odio. El odio es narcísico, el amor trascendencia, siempre un vuelo a algo lejano, hacia un misterio.

Aquellos que sabemos como funcionaba el culto al odio en los debates centrales del siglo veinte y recordamos que vivir al amor se lo veía como a una posición ingenua frente a la vida, como al opio que adormece el grito de guerra necesario para edificar un

nuevo mundo, entendemos hoy mejor que ayer la gigante voz de este profeta de lo que vendría, el odio hoy no se publicita, pero se actúa igual o más que siempre.

La muerte es, en definitiva, el problema que la inmanencia niega o renuncia a resolver, y con ella el dolor del hombre, esta negación es su monumental debilidad, su frivolidad más radical, y este problema de morir reverbera sobre el sentido de vivir. Occidente es racional y negador, miente y mata hasta extremos inusitados, satánicos si la maldad es espíritu, la crueldad el método y el odio el objetivo.

No es preciso decir que la evolución de la inmanencia, la traducción existencial de la exaltación del ego, va absorbiendo paso a paso todos los principios, hasta el declive final de Dios en el horizonte, en una progresiva relativización de toda realidad primero y de todo idealismo después. Va capturando en estos pasos para el hombre dos experiencias que lo impregnan y lo vacían simultáneamente, la libertad cada vez más internada en el continente del todo está permitido, y la soledad cósmica más radical.

Camus es el gran piloto contemporáneo de la trascendencia, del hombre existente y la misteriosa presencia dentro del ente, de la libertad absurda y la inocencia.

Las preguntas que Camus se ha hecho están quizás sin respuestas todavía, pero sacuden al mundo a escala global. ¿Que es preguntarse por la salud del planeta y hacia donde conduce el llamado progreso?, ¿cuales son los límites?. ¿No es preguntarse seriamente por el suicidio?. ¿Qué otra cosa es el misticismo del terror, el peligro atómico sino preguntar por el suicidio? ¿Las drogas y el sida no son otros modos de plantear el problema que se siguen haciendo las víctimas de un sistema demasiado cómodo en un compromiso político que no es existencia ni esperanza?

Donde Kierkegaard ha dicho pecado Sartre parafrasea nada. Camus nombra al crimen. Funda una moral.

Camus responde al absurdo e intenta resolver el problema, en él el absurdo es un simple punto de partida nunca un punto de llegada. Una denuncia no una afirmación. En su obra de teatro Los Justos hay ya sonidos de ecos trascendentes pero es en la evolución desde la ausencia completa del amor que nos presenta en su primera novela El extranjero hasta la monumental descripción del amor hecha en su novela-testamento

El Primer hombre, el sentimiento amoroso más tierno de una madre semisorda y analfabeta que no podrá leerlo, en la comprensión amorosa de su guía y profesor, en la honda ternura descrita para todos los hombres donde se asienta el misterio de la existencia. En la afirmación de haber sido constituido por ese amor materno fundacional, ese otro que no soy yo, es desde donde se inicia la vida y donde se responde a la muerte. En la aceptación resignada de lo milagroso que hay en toda cotidianeidad, en la gloria de vivir todos los días la esperanza de un nuevo sueño, de un nuevo día. En el conocimiento y captación del silencio misterioso de las oscuras fuerzas que mueven las ruedas de nuestra inconsolable esperanza muda de amar y perdurar es que se abre paso una nueva obra hacia la trascendente existencia de todos nosotros que Camus nos muestra en su desvelada lucha por superar viviendo el absurdo de un mundo inmanente con vocación de trascendencia. La bisagra de la vida en su esplendor tumultuoso se justifica contra toda pretensión de la nada o vacío en la afirmación de la belleza y el amor, pasajeros perdidos para el carro del nihilismo y recuperados en los humildes trenes que nos devuelve Camus y nos enseña que cada hombre es el primero y único pero que viene de otro y va hacia alguien.